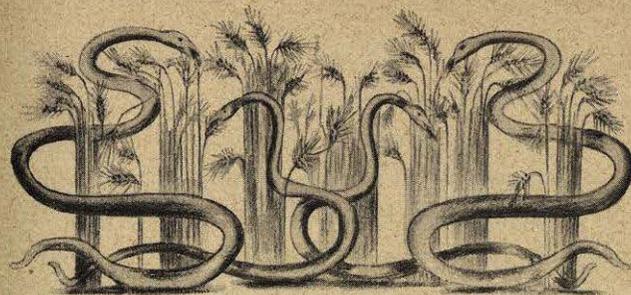
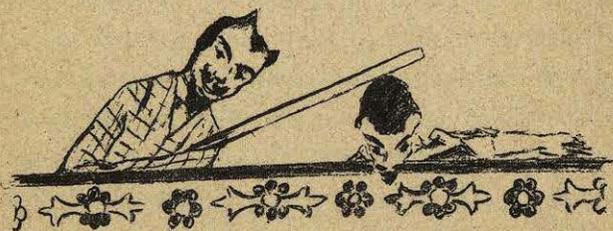


no conoce; ante los títeres de nuestra sociedad, que son más hipócritas, sin ser menos perversos. No es, comúnmente, á garrotazos como ataca el hombre á sus semejantes, sino con armas mucho más peligrosas y disimuladas; ¡y cuántos hay que se convierten en verdugos para satisfacer su egoísmo y orgullo!

Cuando más reflexiono, más conveniente me parece que esta piadosa mujer haya tenido algunos minutos de flaqueza y se haya reído al ver la caricatura de un malvado. Esto pesará sobre su conciencia, le hará redoblar su celo y comprenderá mejor el espíritu de su vocación, que la destina á expiar las faltas ajenas; porque, dígase lo que se quiera, la fe cristiana, al afirmar que las plegarias y los sacrificios de los inocentes y puros atenúan y redimen á los ojos de Dios los intentos viles y actos vergonzosos de los demás hombres, es un sentimiento sublime, superior al de la misma justicia.



III

La carestía del pan

¡La subida del pan!... ¡La carestía!... Estas palabras siniestras, pronunciadas hoy por todas las bocas, conmueven hondamente al público; porque nadie puede mirar con indiferencia la pavorosa cuestión, que entristece á los pobres, atemoriza á los egoístas y á todos nos roba la tranquilidad. Este problema del precio del pan es el único, efectivamente, cuya solución no podemos aplazar para mañana. Aquí no cabe el cómodo «ya se arreglará» con que respondemos á tantos otros; aquí se estrellan en absoluto el optimismo y las buenas palabras, que suelen ser la máscara hipócrita de la

dureza y egoísmo de los corazones. El hambre no admite espera; los estómagos vacíos no se llenan con esperanzas y promesas. Cuando llegue la hora terrible en que los indigentes griten: «¡Tenemos hambre!», los ricos se verán forzados á comprender que cuando los pobres no tienen alimento con que acallar el apetito, han de estar dispuestos á morder.

¡Cuidado con ello! El precio del pan es el termómetro que señala los grados de paciencia de los necesitados. Del mismo modo que en los pilares de un puente están marcadas las crecidas del río y las fechas de las mayores inundaciones, puédesse señalar en las tarifas de la panadería el momento preciso en que la furia de los menesterosos va á desbordarse.

La carestía ha empezado. El pan ha subido y acaso mañana subirá más todavía.

En una gran parte de Francia se ha perdido la cosecha por entero; las tempestades lo han destruído todo; y, aun en las comarcas que el granizo ha perdonado, la cosecha ha sido muy exigua. Nuestro consumo anual de trigo es de ciento veinte millones de hectolitros: nos faltan este año, según los cálculos más favorables, unos treinta millones.

He aquí el formidable dilema: ó mantendremos nuestras tarifas de aduanas, lo que encarecería el pan hasta convertirlo en un artículo de lujo; ó abriremos nuestros puertos á los cereales baratos de América, lo que implica la ruína de nuestros agricultores; sin hablar de

otro peligro mayor, el acaparamiento del trigo, este negocio criminal que la Convención castigaba con la pena de muerte, y que las leyes actuales sólo castigan —harto débilmente— cuando se descubre la coalición de acaparadores, muy fácil de ocultar por cierto. Y entonces, si el acaparamiento viene, como es casi seguro, á complicar la crisis actual, será inevitable el hambre, con todas sus espantosas consecuencias.

¡Cáspita! Ya me parece oír la voz meliflua de los eternos optimistas:

—¡Qué exageración! No hay para tanto. ¿Acaso vemos ahora por primera vez el pan á real la libra? Total, un perro chico de diferencia. Además, el pan no tiene ya tanta importancia como antes en la alimentación de los obreros; las clases bajas viven con relativo desahogo, y apenas hay operario que no coma carne todos los días... etc., etc.

¿No os parece oír á aquella dama del antiguo régimen, que al enterarse de que los pobres no tenían pan, exclamó ingenuamente: «Bueno, pues que coman tortas»?

Los que os contestan con discursos y palabras emolientes, son los que poseen alguna finca productiva, ó gozan la sólida renta de capitales colocados en lugar seguro ó los crecidos honorarios de algún alto empleo del Estado. Envueltos en amplios y cómodos abrigos de pieles, os hablan de Economía política y os meten en los ojos un libro atiborrado de números, donde se

prueba con evidencia meridiana que los pobres no tienen razón al quejarse y que, si viven en la miseria, es porque quieren.

Estos hombres son terribles. No intentéis siquiera insinuarles que sí, en efecto, no pocos trabajadores toman carne para resistir mejor la fatiga, no obstante suele haber sobre su mesa mayor provisión de sopa y de patatas que de chuletas de carnero ó filete de vaca; que hay muchísimos ancianos, muchas viudas cargadas de hijos, muchas obreras sin familia que ganan un salario ínfimo, cuyo alimento principal es el pan, y que no se permiten más lujo en su mesa que algunos embutidos baratos ó un poco de ensalada; que cinco céntimos por día y por libra de pan suman diez y ocho pesetas al año, y que cinco ó seis veces esta suma — puesto que muchas familias obreras consumen cinco ó seis libras diarias de pan,—forman un total muy importante para bolsillos tan modestos. No profiráis no, tales necedades ante un economista armado de sus tablas repletas de cifras y de sus estadísticas atestadas de irrecusables datos: os dirían que no entendéis una palabra de Economía, os tratarían de cándidos, de sentimentales y quizá de socialistas.

Y sin embargo, ahí están los hechos. El precio del pan ha subido; y si no nos decidimos á abrir pronto una brecha en la muralla china de nuestras leyes proteccionistas, subirá todavía más al llegar el invierno próximo. Esta última suposición es inadmisibile, porque

encierra un serio peligro para el orden público. Seguramente se llegará á rebajar, al menos temporalmente, los derechos de los trigos extranjeros, en perjuicio, muy sensible pero inevitable, de nuestra agricultura.

¡Ah! ¡qué atrasado está todavía el mundo! Es evidente que el porvenir pertenece al libre cambio; es de esperar que más tarde ó más temprano las naciones adoptarán, para regular sus relaciones económicas, la fórmula del pilluelo de París: «Dame de todo lo que tienes y te daré de cuanto yo tengo.» Pero entretanto se hacen una competencia feroz, una guerra sin cuartel. Ahora son menos frecuentes las batallas á cañonazos —lo cual no impide que los pueblos se arruinen fabricando cañones;—al presente se guerrea encarnizadamente con las tarifas. El verdadero soldado, en estos tiempos de ejércitos inútiles y costosos, es el aduanero. Sin las leyes protectoras que es preciso aprobar al fin y al cabo, porque es un caso de legítima defensa, la América nos ametrallaría con sus cereales y mataría de hambre á nuestros campesinos, convirtiendo en arma mortífera el más precioso elemento de vida.

Digámoslo claramente: la humanidad es algo estúpida.

Resignémonos, ya que no hay más remedio, y entreamos la puerta á los trigos de América y Australia. ¡Pero alerta! Si queremos de veras que los pobres puedan comprar el pan barato, desconfiemos de los acaparadores.

Aquí saltan otra vez los optimistas:

—«¿A qué vienen estas prevenciones, ni por qué despertar el horrible recuerdo de las cabezas de Foullon y de Bertier (1), clavadas en la punta de una pica, con un manojo de paja ensangrentada entre los dientes?... ¡qué horror! ¿Acaso es posible hoy día acaparar el trigo, dada la facilidad de comunicaciones?... Usted no habla en serio; se acabaron ya los acaparadores...» Pues sí, señores míos, los hay aún; y es posible y muy posible que aumente su número. No hay empresa que fracase si á ella se aplican muchos millones y una gran codicia de continuar acumulándolos. Todos conocemos, en el seno de esta heterogénea sociedad parisiense, varias fortunas enormes, que crecen sin cesar escandalosamente, y cuyo origen ha sido la especulación de cereales. Fácil sería citar los nombres de estos negociantes sin escrúpulos. No obstante, en todas partes se los recibe con el mayor respeto y atención, y se considera como un verdadero honor el estrechar su diestra al encontrarlos en un paseo ó en un salón.

¡Vaya! La observación saca un poco de quicio á los optimistas; y la causa está en que acabo de herir á su adorado ídolo, el becerro de oro!

—¿Bien, y qué? ¿Dónde está, en resumidas cuentas,

(1) Inspector general de Hacienda el primero y Consejero real el segundo, asesinados en Julio de 1789 por el pueblo de París, como supuestos causantes de la gran carestía de pan que había durado todo el invierno anterior.—N. DEL T.

la injusticia de estos negocios? ¿Desde cuándo y con qué derecho se le puede prohibir á un comerciante que haga provisión de un género cualquiera, para venderlo cuando alcance el precio máximo? ¿Qué se les echa en cara, al fin y al cabo, á estos millonarios? ¿El haber jugado? No es ningún crimen. ¿El haber ganado? Es cuestión de suerte. ¿A dónde iría á parar la libertad del comercio, con ciertas teorías sentimentales?...

Yo sólo digo que es una infamia negociar con el alimento de los pobres y que es odioso que un hombre se enriquezca con la miseria de los demás. Para que este acaparador de trigos figure como uno de los reyes de París; para que posea suntuosos palacios y lujosos



trenes; para que pueda pasar el verano en su quinta á orillas del mar y el otoño en sus cotos señoriales y el invierno en su *villa* de la costa azul, es preciso que miles de obreros disminuyan su ración de pan y que miles de madres dejen á sus chiquillos sin merienda; es preciso, en una palabra, que todo un pueblo sufra las angustias del hambre.

No, el trigo no es una mercancía, uno de tantos objetos de negocio; y el miserable que busca una ganancia en el precio de los cereales, convirtiendo en montón de oro la humilde calderilla de los pobres, merecería que cada trozo de pan que llevase á su boca tuviese para él el sabor repugnante y amargo de la sangre y las lágrimas.

¡El pan sagrado! ¡Qué vergüenza para nuestra orgullosa civilización, que por un solo día puedan hallarse sin él tantas criaturas humanas!

¡*El pan nuestro de cada día!*... ¡Cuántas veces en estos últimos tiempos he pronunciado la sublime plegaria! Mi enfermedad me ha hecho recordar la *vieja canción*, como dice Jaurés, la cual no solamente tiene una dulzura infinita para los que sufren, sino que constituye para ellos una fuente de valor y esperanza. Todo lo contiene el *Padre nuestro*, hasta la solución del problema social.

¡*El pan de cada día!* Esto es lo único que el hombre debería aspirar á poseer mientras vive. ¡Ah! si nos acordásemos mejor de las palabras que pronunció

Jesús hace dos mil años sobre la montaña, si nos amásemos verdaderamente los unos á los otros, como quería Jesús, todos tendríamos *el pan nuestro de cada día* y para el mundo llegaría el reinado de la justicia, el reinado de Dios.

